

Archipiélago Literario

AÑO VII

2ª EPOCA

Nº308

COORDINADOR: **Sebastián de la Nuez**

ASESORES: Flora Lilia Barrera, Montserrat Hernández, Juan Marrero y Rafael Fernández

El pintor Luis Palmero (Tenerife, 1957) ha expuesto en estos últimos años en la Galería de Manuel Ojeda en Las Palmas de Gran Canaria y durante los meses de marzo y abril en Madrid, en la Galería Elba Benítez (la muestra fue presentada por el poeta y crítico Andrés Sánchez Robayna). También su obra ocupó este año el stand de Arco de la Galería Manuel Ojeda. Su lenguaje sobrio y contenido, extraordinariamente

poético, ha recibido una importante atención crítica. De ello quiere dar cuenta *Archipiélago Literario* con una selección de los artículos publicados recientemente. Asimismo, estas páginas recogen la reseña que Régulo J. Hernández dedica a los cuadernos *Escalas* de Luis Palmero, recientemente publicados en la colección *Cifr*.

LA CRITICA ANTE LA OBRA DE UN GRAN PINTOR TINERFEÑO

Luis Palmero: «Escalas» o la escritura cifrada

REGULO J. HERNANDEZ

*Darrer diferents obres ja
publicades per ell mateix,
l'editor farà sortir un volum
que serà el punt de reunió
d'un pintor i un poeta.*

Joan Brossa

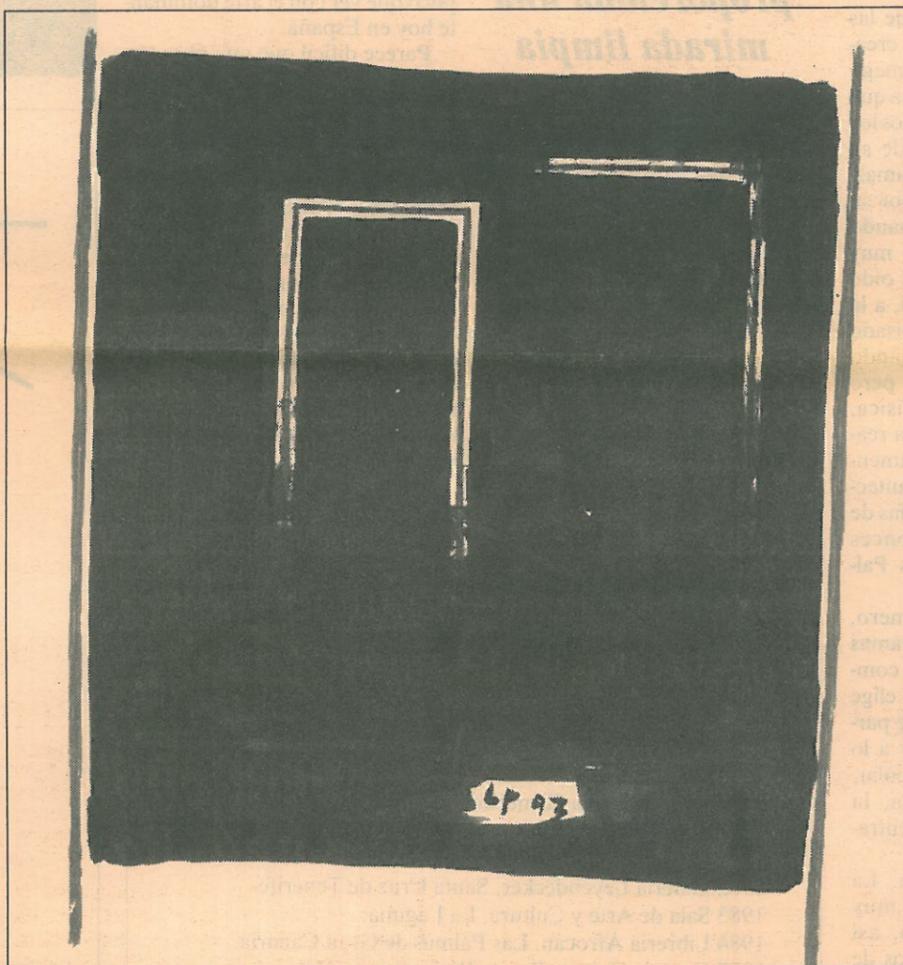
Sale a la luz, con el emblemático nombre de *Cifr* y con la rigurosa exquisitez que ello exige, una curiosa y prometedora colección que, ideada por Nilo Palenzuela y Luis Palmero, vendrá a iluminar nuestro —por fortuna y gracias a empresas como ésta— cada vez menos oscuro panorama artístico y literario.

Inauguran la colección estas *Escalas* de Luis Palmero, un pequeño libro-objeto conformado por una carpetilla que incluye en su interior tres «plaquettes» tituladas, respectivamente, *Escalas*, *Notas* y *Escalas*.

Los textos y dibujos de Palmero evocan de forma inequívoca la palabra que da nombre a la colección: *Cifr*: voz árabe que, según E.R. Curtius, «significa vacío, y que en el sistema numeral de los árabes es designación del cero». El término *cifra* se utilizó, en evolución ulterior (ya de forma muy frecuente en los Siglos de Oro), para hacer referencia a las imágenes que ilustraban los *emblemas*, tan usuales en aquella época. No otra cosa son en rigor estas *Escalas* de Luis Palmero: auténticos emblemas modernos. Dibujos, imágenes, notas silentes que dialogan en abierta respiración con los textos breves y diáfanos a los que el pintor nos tiene felizmente acostumbrados: «Palabras y fragmentos en el espacio del papel».

En efecto, no es ésta la primera experiencia del pintor en la práctica de esta curiosa suerte de diálogo entre pintura y escritura. Desde aquellos *Textos* que en 1982 publicaba en las páginas de *Jornada Literaria* hasta las recientes *Ocho notas* en la revista *Syntaxis* (nº 30-31, 1993), desde las *Notas dispersas* (*Jornada Literaria*, 21 de mayo de 1985) hasta José Jorge Oramas: *trece notas y tres dibujos o la comunión* (*Syntaxis*, nº 15, 1987), la experiencia de Luis Palmero no ha sido otra que la de un «pintor que escribe: especie por desgracia no muy frecuente en nuestro país», como certeramente señalaba el crítico Juan Manuel Bonet en 1991, quien también entonces añadía: «Pintor que escribe conciso, claro como Luis Palmero: todavía menos frecuente». Ciertamente, en nuestro país son escasas propuestas que, como las de Palmero, establecen una trama o delicado tejido entre pensamiento pictórico y trazo escritural, si bien, añadimos, no hay que olvidar los singulares planteamientos de pintores y poetas como Albert Ráfols Casamada o Joan Brossa, a los que tan cercano sentimos al pintor canario. Tampoco deben olvidarse manifestaciones y prácticas similares, más lejanas en el tiempo o en la geografía y no obstante tan próximas, como las de Paul Klee (*Diarios*), Marcel Duchamp (*Notas*) o Salvo (*De la pintura. En el estilo de Wittgenstein*).

De los tres cuadernillos que configuran esta pequeña carpeta, los dos primeros los dedica el pintor a reproducir sus *Escalas* y sus *Notas*: dibujos, bocetos (¿bocetos u obra conclusa?), ligeras anotaciones producto de la contemplación. A su manera, y conscientemente enclavado en su horizonte atlántico, Palmero dialoga con la pintura oriental: trazos rápidos pero meditados, radiante iluminación de la tinta negra, que nos hace ver un sol oscuro derramando su



Estos textos y dibujos del pintor Luis Palmero vienen a recordarnos cuán gozoso es todo espacio fundado para la contemplación, la reflexión, la lectura y el diálogo con la tradición, que suelen acompañar a todo proceso creativo en el arte moderno. A la izquierda, cuadro original de pintor Luis Palmero dedicado a Archipiélago Literario

luz sobre el mar en calma. Grupos de aves, olas que baten sus crestas contra el rompiente, contra la escollera. Nubes.

No es reciente el interés del pintor por el motivo del buque o la barca. «Un cuadro y un barco tienen más relación de la que parece», escribía el pintor en 1983. Junto a los buques, junto a las barcas, islas oscuras perdidas en la horizontalidad infinita.

La horizontalidad, la linealidad, la calma metafísica, ocupan las páginas. La casa, el sol, la puerta tras la cual divisamos el mar son signos frecuentes en la obra última de Luis Palmero. «Paisajes adaptados al ojo del pintor y al del poeta», anotaba en sus aforismos de *Sol de verano* (*Syntaxis*, nº 26, 1991). No en vano, su exposición en el año 1991 en la Galería Manuel Ojeda de Las Palmas o su actual muestra en la sala madrileña de Elba Benítez corroboran la continua introspección de Luis Palmero en un espacio que en modo alguno es ajeno a la obra no sólo de pintores insulares (recordemos las casas y fachadas luminosas en José Jorge Oramas) sino también a la de ciertos escritores (baste recordar las cubiertas que el pintor ha realizado para la edición del *Diario de un sol de verano* de Domingo López Torres o la que encabeza *Fuego blanco*, último libro de poemas de Andrés Sánchez Robayna).

Este diálogo con pintores y poetas no lo lleva a cabo Luis Palmero con la sola práctica de la pintura o el dibujo. Así,

en la tercera «plaquette» de esta carpeta podemos leer algunos de los aforismos o breves reflexiones que el artista con no poca frecuencia practica. En ellos, la escritura también pinta: «La mañana es espléndida en este agosto amable; la luz tamiza las montañas verdegrises y un aire de colores inunda el valle. A lo lejos, una cinta de montes se mueve lentamente en el pensamiento». En ellos, el pintor rinde homenaje a otros artistas, de quienes indudablemente se siente deudor: Edvard Munch, Sigmar Pole, José Jorge Oramas. En ellos, además, la escritura le ayuda a fijar los instantes de atenta y gozosa lectura de algunos poetas: Joan Brossa, J.V. Foix.

Estos textos y dibujos de Luis Palmero vienen a recordarnos cuán gozoso es todo espacio fundado para la contemplación, la reflexión, la lectura y el diálogo con la tradición, que suelen acompañar a todo proceso creativo en el arte moderno. Textos y dibujos que nos obligan a contemplar el «texto del mundo»: la naturaleza y el espacio físico son «leídos» por el pintor, acaso consciente de que su rigurosa labor consiste en «traducir» ese espacio: «Este verano no pretendo pintar sino lo que veo a mi alrededor» (*Sol de verano*). Esta «traducción» tiene como seno unas veces la pintura, otras el dibujo, otras el aforismo, pero instalada siempre en un espacio de mediación entre la plástica y la poesía: Luis Palmero o la escritura cifrada. ■

•ARCHIPIELAGO LITERARIO

Luis Palmero:
Paisajes elementales

JUAN MANUEL BONET

HASTA fechas relativamente recientes, la cultura artística canaria era en buena medida una cultura del exilio, de la distancia. La figura principal de la primera generación vanguardista, el surrealista Oscar Domínguez, residió la mayor parte de su vida en París. La figura principal de la renovación de la posguerra, el expresionista abstracto Manolo Millres, se marchó, por su parte, a Madrid. Ambos mantuvieron una especial relación con el medio que los vio nacer: el primero, con cuadros de los años treinta como «Cueva de guanches» o como «Lancelot»; el segundo, con sus «Pictografías canarias» de comienzos de los años cincuenta. Pero ambos se marcharon.

Nunca he hablado mucho con Palmero. No lo he hecho, desde luego, ni sobre el «Drago de las Islas Canarias», ni sobre el creador de «Homúnculos». Me imagino que, como persona sensata que es, los admira, o cuando menos los respeta. Si sé, en cambio, de su devoción por José Jorge Oramas. Oramas, un pintor, «raro por su pureza», como lo llama Fernando Castro. Un pintor del que muy pocos, en la península, han oído hablar, que falleció en 1935, a la edad de 24 años, sin haber pisado el continente europeo, y dejando tras de sí una obra breve pero intensa, raramente metafísica, saturada de luz, basada en la realidad canaria, y más concretamente en ciertos paisajes y en arquitecturas populares y humildes, las de los «cerros» que ya entonces rodeaban la ciudad de Las Palmas.

Oramas se quedó. Palmero, también. Palmero elige a Oramas como símbolo de su propio combate. Como su predecesor, elige motivos humildes, puntos de partida cercanos. Quiere llegar a lo universal, a partir de lo particular. Un programa: la pobreza, la ausencia de énfasis, la concentración, el silencio, el mar.

La abstracción, también. La geometría es un aspecto muy importante de su trabajo, así como del de sus compañeros de aventura José Luis Medina Mesa y José Herrera. No resulta extraña, en ese sentido, la pertenencia de Palmero a la redacción de «Syntaxis», que tanto ha hecho por la poesía del silencio. Sánchez Robayna, que lo descubrió, reivindica también a escritores de la preguerra, por ejemplo a Agustín

Espinosa, y lo mismo hacen Miguel Martínón o Nilo Palenzuela.

Palmero está, como Sánchez Robayna y sus compañeros, de vuelta del «minimal», mas sigue contemplando las cosas con la limpieza de mirada que el arte de las «estructuras primarias» proporciona. En «Iridio o un pasillo de sol Oriental» (sala de Arte y Cultura, La Laguna, 1983) entre la geometría ya se insinuaba, y el título no hacía sino subrayarlo, el temblor de la realidad. Pero no hay, en el fondo, dicotomía aquí

El arte de las «estructuras primarias» proporciona una mirada limpia

entre ese temblor y el proyecto: la propia realidad insular se recorta elemental, geoméricamente (algo que sabe muy bien Roberto Cabot). Los cuadros recientes de Palmero, tanto los que expuso en 1991 con Manuel Ojeda como los que el mismo galerista acaba de enseñar en Arco o los que ahora presenta Elba Benítez, colocan al espectador ante situaciones paisajísticas elementales. Una hilera de

ventanas, una pared enalada, un cielo estrellado, el horizonte marino presentido, cuando no presente, bastan para sugerir una atmósfera, toda esencialidad, rigor, concentración. Una atmósfera inconfundible. «Un cuadro y un barco, escribía el pintor en 1983, tienen más relación de lo que parece».

El trabajo con colores muy de allá, ya inconfundiblemente suyos. Y que transmiten luz, deslumbramiento; la voluntaria contención —«la pintura es un problema de contención», escribió él, a propósito de Oramas—; el cuidado y la sensibilidad de la factura, que nos recuerdan que constructivismo no siempre ha sido sinónimo de gelidez; el encerrarse en el muy pequeño formato; el lugar importante que ocupa dentro de su obra un dibujo preciso; otros tantos aspectos a valorar de este trabajo que me parece especialmente importante, y que tiene poco que ver con el arte dominante hoy en España.

Parece difícil que una obra tan discreta, y de una calidad tan pura, sea reconocida de inmediato por el gran público, que o bien no entiende nada de arte, o bien, aun entendiendo algo, enseguida exigirá cosas menos «menores». Está, además, la dificultad añadida de la lejanía de Canarias. Pero no faltan precedentes, y pienso en Luis Fernández, o en Caneja, que permiten aventurar que este corredor de fondo terminará siendo considerado como uno de los nombres que han de quedar, cuando otros no sean más que un mal recuerdo. ■

Exposiciones individuales del autor

Luis Palmero

nace en La Laguna (Tenerife), en 1957.

Exposiciones individuales

1978 Ateneo de La Laguna, Tenerife.

1982 Galería Leyendecker, Santa Cruz de Tenerife.

1983 Sala de Arte y Cultura, La Laguna.

1984 Librería Afroacán. Las Palmas de Gran Canaria.

1987 Casa de Cultura Benito Pérez Armas, Yaiza, Lanzarote.

Modus Vivendi, Zurich, Suiza.

1988 Ateneo de La Laguna, Tenerife.

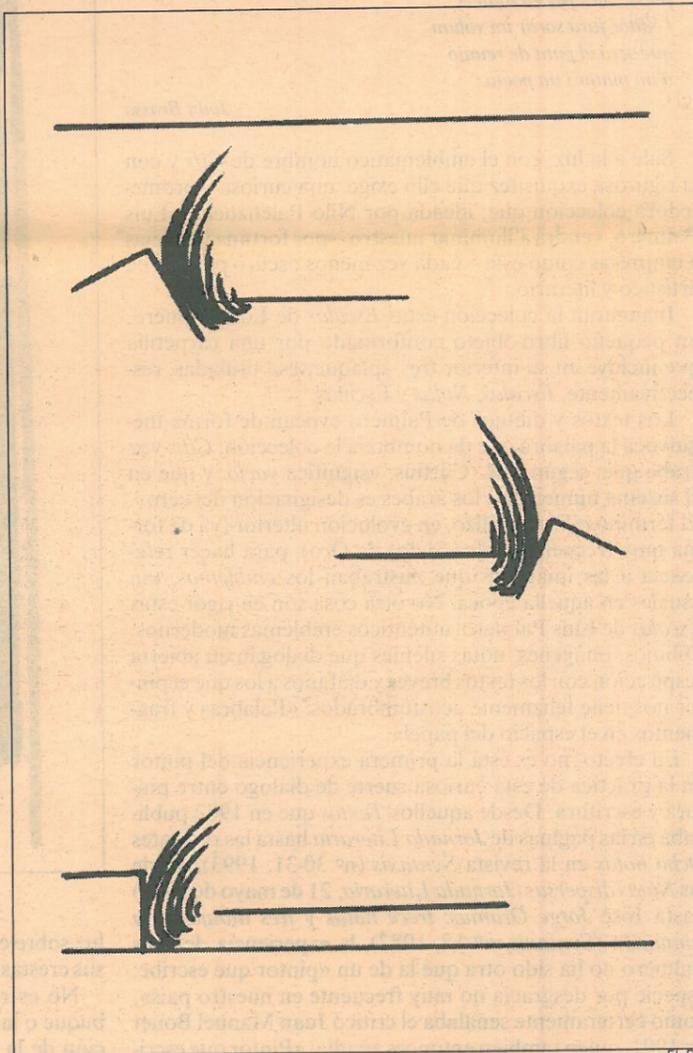
1991 Galería Manuel Ojeda, Las Palmas de Gran Canaria.

Estudio Artizaz, La Laguna, Tenerife.

1993 Galería Manuel Ojeda, Las Palmas de Gran Canaria.

Galería Manuel Ojeda, (ARCO), Madrid.

1993 García Elba Benítez, Madrid.



Arriba, el artista Juan Palmero. Abajo, una de sus obras

Los paisajes geométricos del pintor Luis Palmero

FERNANDO CASTRO FLOREZ

LUIS Palmero realiza en la Galería Elba Benítez su primera exposición individual en Madrid, aunque algunas obras suyas figuraban en la Galería Manuel Ojeda, de Las Palmas de Gran Canaria, en el stand de Arco de este año. Aunque su trayectoria es aún corta, Palmero es un creador con un discurso íntimo y con una tensión poética especial que ha hecho que por él se interesen poetas como Andrés Sánchez Robayna, que presenta esta muestra en Madrid. En la revista «Syntaxis» se ha publicado un texto de Palmero sobre José Jorge Oramas,

en el que proclama que la pintura es un problema de contención. Las preferencias por el formato pequeño, la morosidad con la que se emplea en esos fragmentos delatan que este pintor está produciendo un cosmos del que ofrece únicamente unas figuras situadas en sus límites.

Las gamas cromáticas de estos cuadros con una lección que recoge la herencia de Mondrian y la pintura abstracta para dotarla de un carácter metafísico, dotar las formas de un ritmo interior que las torna transparentes. Palmero no oculta sus trazos mínimos, al contrario, hay un temblor nervioso, una corporalidad que se transmite en cada rasgo. Momentos de una creación en la que el tiempo se sedimen-

ta lentamente: la mirada desciende a un grado cero en el que las cosas están suspendidas «donde confluyen —escribe Palmero— cosas grandes, pero también cosas pequeñas, tal vez convertidas en grande». La condición del pintor es la soledad y, al mismo tiempo, una anhelante espera de algo que se manifiesta en el horizonte o en la noche. Barcos, peces y terrazas se manifiestan en sus dibujos, miradores geométricos sobre un mar que se extiende sin término. Las franjas de los pequeños cuadros se abren a la inmensidad del océano, columnas de un templo o esbozos de muelles vacíos. El rumor interior de Palmero es la serenidad, la gozosa energía del que eleva su secreto aprendizaje. ■